

>

C

O

N

C

U

R

S

O

S

Y

C

E

R

T

Á

M

E

N

E

S



es

...PRESENTA POR ÚLTIMA VEZ ESTE
ES BRÁMI

...AZDVA / ...
DICK



XII CONCURSO INTERNACIONAL DE RELATOS CORTOS “JUAN MARTÍN SAURAS”

ILUSTRACIONES: Manuel Gracia Gascón

DEVOTION

SS

VV



Primer Premio 2007

La sardina

José Alberto Pardo Lidón

¿Puedo pasar delante? La mujer sollozaba más que hablaba. ¿Puedo pasar delante? A través del retrovisor, el taxista restaba dramatismo al anticipado final de una escena que se intuía desde todas las ventanas de la estrecha calle, cuajada de guijarros escupidos desde la obra del *parking* que iba a cambiar en breve la fisonomía de nuestro barrio. El vehículo se había detenido en mitad del callejón, junto a la puerta del edificio en el que la anciana vivía desde hacía más de cincuenta años, y ocupaba parte de la entrada a la vieja charcutería, que empezó siendo un ultramarinos y acabó vendiendo litros de cerveza a los hijos de las gitanas que acudían a comprar kilos y kilos de costillas de cordero, siempre de palo, que son las que gustan a mis críos, y sartas de morcillas y salchichas, y un poco de sangre fresca para hacer las pelotas, que el domingo vienen los primos, los de Barcelona, a pasar unos días aprovechando las fiestas. La tienda huele a carne como olían antes las tiendas en las que sólo se vendía carne, con el delantal ensangrentado del tendero, que siempre que te entrega un litro te deja de presente una bolilla pequeña, minúscula a veces, de fibra descarnada de algún cerdo que utiliza en picadillos para las albóndigas gigantes de las gitanas, que las hacen bien grandes para cuando lleguen sus primos y presumen así de la abundancia de estas tierras con paños de alambre en los portales para espantar la escasez y las epidemias malas. Pero hasta el local ha cambiado, y junto a los conejos desollados y las cabezas de los gallos cuelgan desparramadas las bolsas de patatas fritas en la fábrica del Tanico y las conservas en lata y magdalenas artesanas junto a donuts plastificados y berberechos naturales y cebollas en sacas y cartones de leche, natural, desnatada y semidesnatada.

Con el batín de su difunto marido, de cuadros azules grandes disimulados con motas grises, la mujer no conseguía meter su cuerpo entero en los asientos traseros del coche del taxista. Su voz era débil, casi de niña, ¿puedo pasar delante? Una de sus piernas se escapaba del vehículo, envuelta en una media que debía de subir más allá del ombligo en el que descansara hace años su esposo, el único hombre que la hizo mujer, por el que preparaba cada mañana un desayuno, un vaso de leche, templada, porque a él no le gusta quemarse los labios, porque si es así le grita y la llama inútil; y le compraba galletas María y azúcar de sobre; y hasta alguna vez algún pastel, pero eso era los domingos, muy de vez en cuando, para que no le subiera la diabetes, pues debía cuidarlo, ya que refunfuñaba y se encontraba malo, y la emprendía contra ella, que era una santa, que le limpiaba las babas cuando ya él no podía y le curaba las llagas, esas llagas feas que surgieron poco antes de morir, que le sembraban el cuerpo de dolores y hemorragias, y se descascarillaban en las manos de la mujer. Ella, consciente, siempre estuvo allí, sacando sus pantuflas de debajo de la cama, con lo que le dolían ya los riñones, gorda como estaba, y colocándose las en cada uno de sus pies de niño, sin pelos y casi sin piel, tensos como sables o huesos de pequeñas costillitas de cordero; peinando sus cabellos blancos, que eran hojas

marchitas de un árbol que fue frondoso, potente y sabio. Porque ella siempre recuerda eso, que es mujer gracias a él, al cuerpo encogido que se esconde en un retablo de pino en un nicho de ladrillos pequeño, como el matrimonio, que brillaba siempre de claveles encarnados, hasta que no pudo dar más de sí por culpa de las varices, del colesterol, de la tensión, de su lento caminar de mujer vieja; y le llevó un ramo verde con una flor de plástico resplandeciente que colocó junto a la pátina de su imagen en blanco y negro, con gesto altanero, un poco gruñón, de caballero de palabra que sabe ser digno de respeto.

Los años de soledad fueron largos, casi imprecisos, eternos. Ella fue la madre del ser desvalido que le dio la vida, el temblor de los labios del hombre eran los escalofríos que la chica sintió cuando le rozaba, adolescente y a escondidas, inertes y llenos de vida, insensatos y sensibles. Ahora nadie entendería que una vieja gorda y fea, sin aliento apenas para andar, se tocara desnuda frente al espejo, con los ojos cerrados, recordando a su esposo. Pero es que nació con él, y se le ilumina el alma cuando se acuerda, con una sonrisa de niña, como un sollozo, cuando era deseada, un trapo en manos de hombre que le hacían daño con las rugosidades de sus dedos, con la voracidad descarnada de sus dientes, con ese pecaminoso monstruo viril que la abría en dos y la llevaba a un cielo distante y cercano, de mujer añorada y querida y completa. ¿Cómo no iba a adorarle, si fue él quien le dio el beso que justifica toda una larga espera de mansedumbre y letargo, si fue él quien acercó a sus labios el vino embriagador que la hizo entrar en pecado y preferir un infierno de deseos a una iglesia encantada de inciensos y golpes de pecho? No en vano, el cura nunca supo de su cuerpo repleto. O quizás sí; y era cómplice de la savia que corría entonces por el cuerpo erguido de la muchacha que cargaba los bolsos de la compra de su madre antes de acudir a diario a besar la frente al Cristo de la Compañía.

Era otro el cura que mantenía abierta la puerta del taxi. Más joven, con pequeñas gafas redondas y pidiendo perdón a los viandantes que aguardábamos en la calleja estrecha. Desde la tienda miraban las gitanas. No era la primera vez que se llevaban a la anciana al hospital. Pero el alzacuellos eclesiástico presagiaba un fatal destino de estertores y delirios en la habitación doble del hospital del Morales Meseguer, con vistas a un viejo hotel caído en desgracia, pero en cuyos salones se celebraron los banquetes de las bodas más sonadas de la capital, con camisas rotas y novias blancas, no como las de ahora, que se pintan todas para esconder que ya no son novias, mira si no la ahijada del Marcelino, el disgusto que se llevaron los padres del novio cuando una de las viejas le confesó al segundo día de la fiesta que la sangre del pañuelo era de una ternerita lechal, que estaba ya preparada porque todas sabían de los deslices de la chiquilla con un morillo muy joven, que vendía droga en la puerta de la escuela y la llevaba en la moto a las fiestas de los pueblos. Y como esto siga así, la Inés ni llega al hospital, se nos queda al doblar la esquina. Si es que estaba muy mal de la circulación, tan mayor ella, apenas salía ya de casa, tenía una chica ecuatoriana para hacerle la compra, pero nada, de esta tienda no se llevaba más que los huesos del jamón para preparar sopas calientes y alguna cebolla tierna. Si no le quedan ya ni dientes y le metía las cucharas en la boca la chica ecuatoriana, la misma que quiere sacarla del asiento trasero, es muy hacendosa, dicen que está con un payo, que los han visto juntos en Santa Eulalia, hacen lo que sea por los papeles, pero no, ésta es buena, que trabaja en cuatro casas para sacarse un jornal y luego se lo da todo al muchacho, que está en una herrería y dice el jefe que promete. Nadie puede salir del local, con la entrada

ocupada por el morro del vehículo y una cola de gente que espera que trasladen a la vieja al asiento delantero. La chica ecuatoriana sonríe a los viandantes y no deja de disculparse.

 Puedo pasar delante?, solloza lastimera la anciana. No quiere cerrar los ojos, preferiría mirar desde la luna del coche al cielo azul de este día de primavera, con las h elices de un helic optero que renquea estrepitosamente sobre la ciudad y del que descendería en pocos minutos la reina de las fiestas m as bulliciosas de la capital, la sardina a la que llevarían en andas cientos de vecinos antes de prenderle fuego dentro de dos días frente al Ayuntamiento. Pero el coche no arranca y algunos de los que han quedado atrapados en la cola no llegarían a tiempo de ver la llegada a tierra de la sardina y de tocar con sus dedos las escamas de cart on piedra. Haci ndome cargo del privilegiado puesto en que me encuentro, en cabeza de la tortuosa y estancada fila, le comento al padre que no se preocupe, que no hay prisas en un día como hoy, de celebraciones y ventorrillos a rebosar de huertanos, zarangollos y cervezas. El cura responde con un sencillo arqueo de cejas, mientras con el dorso de la mano procura limpiarse unas inexistentes gotas de sudor que no corren por su frente. Es una convención aceptada en la que soy yo, al fin y al cabo, quien se resigna a no tener la tenebrosa información que ha de guardar bajo su uniforme gris, baluarte de los reinos de lo mundano en un barrio como en el que nos encontramos, donde hasta hace bien poco (antes del proyecto urbanizador que consistió en demoler dos bloques de viviendas para crear la zona de aparcamientos y un centro de salud ajardinado) decenas de escualidos muchachos pasaban llenos de frío por debajo de mi balcón y volvían con una manga subida por encima del codo haciendo palmas y dando las gracias a la Virgen de la Fuensanta, al Camar n y a los  ngeles del Infierno.

Mas la presencia del sacerdote, y su preocupante juego de solemnes gestos, me conducía inevitablemente a la última confesión de la anciana, sin celosías, a cara descubierta con un cura que no es el suyo. Dime todos tus pecados, hija mía. Padre, si yo no he pecado. Sólo hice lo que me vino, lo que me llegaba. Quizás critiqu e a alguna vecina, pero es que ellas, ay padre, es que ellas. Y su voz lastimera le daba toda la razón, cómo no iba a criticarlas, si es que padre, compr ndalo, una es buena pero no santa. Y guardaba tenaz su único pesar, su gran pecado. Cómo decirle al cura lo que hizo con su marido, hace ya m as de veinte años. Pero si ha pasado mucho tiempo, si eso ya ha prescrito, como si el Niño Jesús no lo supiera, y seguro que me ha perdonado con tanto como ha llovido, si no dañe a nadie. Y siempre fui a la iglesia hasta que ya no pude, que mire mis piernas, que ya no andan, pero cada domingo me pongo la misa de la televisión y rezo por el Papa, que est  tan malo. S  es cierto que hice cosas, que hice cosas feas, pero no lo sabe nadie, sólo mi difunto esposo, que Dios lo tenga en su bendita gloria, y a él le gustaban, él quería que las hiciera. No, no voy a culparle, lo hice porque quise, porque quería agradarle. Dios mío,  tan malo es pedir que me entregara esa leche que a mí me daba la vida? No. Pero no se lo digo al cura. Que eso no es pecado. Eso era amor. O quizás tampoco. Era mi alma, mi espera, mi colada, mi doblar calcetines, mis colas de pie en la compra, mi recompensa, mi ser mujer. Perdón. Eso sí que es un pecado, para mi difunto esposo s ; y yo le quiero a él, que me dio la vida, lo m as bonito, yo no he sentido nada igual. Yo no quiero ser una mujer, yo sólo soy suya, su mujer, su viuda ahora, por eso me miro y s  que ya no valgo nada, y me pongo delante del espejo y juego a recordar sus manos, antes de que los temblores le hicieran inútil, y se me escapan sonrisas, porque yo ya no merezco la pena, pero antes sí, antes s  val a.  l me ha pegado, pero también me besaba; me ha acariciado la cabeza,

ha tocado mis pechos y me hizo su mujer, su esposa, la amante que le aguardaba suplicándole un instante de gloria. No, eso no se lo cuento. Eso queda entre mi marido y yo. Que no se entere ningún cura. Si Dios me debió de perdonar. Y yo no puedo, no sé arrepentirme de aquello. Ay padre, si muero, ¿usted cree que le veré, que veré a mi esposo?

El sacerdote dejaba hacer a la muchacha ecuatoriana, que no tenía manos suficientes para sostener el bastón de la vieja, agarrarla del hombro y tirar hacia fuera procurando abarcar con el otro brazo la ancha cintura ceñida por la bata. La visita del cura había sido un mero trámite y mantenía su figura altiva, con una extraña sonrisa que quería parecer comprensiva y revelaba la cierta superioridad del que ha escuchado de boca de la víctima sus temores y sueños. Una buena mujer al fin y al cabo, pensaba mientras, cada vez más impaciente, esperaba el éxito de las maniobras de la pequeña joven latina, nerviosa ante las miradas que la juzgaban en un trámite tan incómodo. Desde uno de los balcones una vecina aconsejaba a gritos que echaran abajo la valla metálica que delimitaba los terrenos en obras del futuro aparcamiento para permitir el paso de la gente. Pero el problema, de cualquier modo no era el colapso peatonal. La chica no podía pese a sus esfuerzos levantar a la anciana del asiento, todavía con la pierna rebelde que sobresalía del coche, sin tobillo, acabada roma en unos pantuflos azules de algodón desgastado. El taxista había cambiado su inicial sonrisa burlona por un gesto tosco de impaciencia, que se agravaba con cada golpe de la puerta trasera contra la pared del edificio a cada empujón de la muchacha, que al final la va a abollar, y es que parece que no tiene ojos en la cara, aunque en vez de quejarse también podría mover el coche, a quién se le ocurre aparcar justo en la entrada, y aún protesta, como si fuera el único con prisa. La agitación en el interior de la tienda formaba un hervidero de comentarios que no esperaban respuestas. En media hora tengo a los críos y a mi marido pidiéndome la cena, y mírame aquí, con el tendero. El conductor se encaraba entonces con las vecinas de la charcutería y hacía ademanes de salir del vehículo, algo que afortunada e involuntariamente pudimos impedir los que quedamos bloqueados en la acera por la puerta trasera del turismo, que obstaculizábamos la salida del chófer.

Que no puedo, señora Inés, que yo ya no puedo sacarla. Apretada contra el cristal de la ventanilla, la joven intentaba convencer a la vieja de que desistiera del que quizás fuera su deseo postrero. Pero hija, si es que yo aquí no quepo, suspiraba la mujer, con sus ojillos clavados en el techo tapizado del vehículo. Si es que se me encoge el pecho y ya no puedo respirar siquiera. Que sólo quiero ver el cielo. Pero eso no lo decía, eso lo soñaba, con los ojos cada vez más entornados detrás de las gruesas gafas de plástico. La paciencia del cura era ahora no más que un lejano rastro que apenas se traslucía en los momentos en los que miraba hacia el sol. Déjame un hueco, hija, deja a ver si puedo yo sujetarla, y se inclinaba, y su porte no parecía ya bendito por las virtudes de la Iglesia, sino el de un pobre hombre, desvencijado y torpe que a través de un pequeño hueco intentaba llegar con uno de sus brazos a la cintura de la enferma. Ay, si estuviera mi marido, cuánto le echo en falta, pero cállese mujer, si lo único que tiene que hacer es agarrarse al reposacabezas y tirar con fuerza, y los dedos rechonchos de la anciana se paseaban torpemente por la testa despeinada del taxista, que es lo que me faltaba hoy, que para esto hay ambulancias, y la enemistad de las mujeres encerradas en la tienda hacia él aumentaba, como si no fuera a cobrar el tiempo que está aquí parado, y sin pensar en la pobre vieja, que era más buena persona, yo casi no la conocía, sí mujer sí, si es del barrio de toda la vida, ésta

estaba casada con el Frasquito, el mecánico de la Fama, que se murió de borracho, anda que no ha tenido que pasar la pobre, pues no le daba palos, si a veces se le veían unos cardenales como tomates de grandes. Aquí la mujer nunca ha dejado nada en deber, se llevaba poco, eso sí, pero todo pagado a tocateja, comentaba el tendero con su bata de sangres y la nariz pegada al escaparate borroso y salpicado de las ofertas que colgara hace meses en los cristales. Ay, yo me pregunto qué es lo que hace el cura, que está ahí para ayudarla y, míralo, otra vez parado como un cirio. Pues yo sigo sin caer en quién era el Frasquito, y eso que me suena, ¿tenía una hija joven, muy grande ella, que iba siempre muy arreglada? No, estos nunca tuvieron hijos, ella no podía, porque él sí, él sí que iba cada día a las de los ramos, los cuartos que se habrá dejado allí. Pobre mujer. Tan sola. Tan buena persona.

Pero la señora Inés nunca quiso saber que su esposo conocía a más mujeres. Es cierto que lo intuía, que el aliento requemado a alcohol que salía algunas noches de su boca se mezclaba con un perfume barato y chillón bien pegado a su camisa, y ella la metía esa misma noche a la lavadora porque tenía miedo de preguntarse de dónde había salido aquel olor. La mujer se arrebujaba entonces de lado en la pesada cama de matrimonio y esperaba con los ojos abiertos que su marido llegara a rozarla por debajo del camisón. Pero el hombre roncaba y ella seguía mirando la pequeña figura de porcelana del Niño Jesús que descansaba sobre su mesilla, desenfocada, como una mancha de tenues colores en su retina, y justificaba a su cónyuge, que se pasaba el día trabajando para poder sacar adelante la casa, cómo le iba a recriminar que se fuera por las noches al bar, a charlar con los amigos; pero su esposa era ella, y por eso venía cada noche a dormir a su lado. Y los párpados se le iban cayendo, agotada, pero más tranquila; ya casi no escuchaba el barullo de voces alrededor del taxi y había desistido de sujetarse al reposacabezas. Involuntariamente, procuraba contar las pequeñas motas blancas que salpicaban la tapicería gris del techo del vehículo, y creía que se había hecho de noche y que eran las estrellas que empezaban a salir. Cuánto tiempo debía de haber pasado ya en el taxi. El aleteo del helicóptero la desconcertaba, era cada vez más fuerte y no sabía de dónde procedía el molesto ruido monótono. ¿Sería esto ya la muerte? Quería preguntárselo a su madre, a las compañeras con las que trabajó a los quince años en un taller de costura, las buscaba con las manos, las sonreía, les decía si habían visto a su Paco, al Frasquito, y entonces era su madre quien la consolaba, vestida con el traje de madrina del día de su boda, la cobijaba y le pedía que no llorase, que el frío ese que le hacía estremecerse se iría enseguida, y luego se metería con ella en su cama, en la casa de la huerta que derribaron cuando empezaron a construir la autovía de Alicante, y contarían las palmeras que se ven desde la ventana, y si el padre no se despertaba dejaría que la ayudara a encender la chimenea, y entonces habría un calor intenso en su cuerpo, del fuego del único hombre que la quiso, del sudor que empapa las sábanas del ajuar que fue haciendo durante años, bordadas con los nombres de los dos, muy juntos, él de cara al techo, con su largo cuerpo extendido y desnudo, buscando a tientas la cajetilla de tabaco sobre la mesilla; ella, arrebujada otra vez, pudorosa, tirando de las sábanas para ocultarse y mirando más allá de la difusa mancha de colores del Niño Jesús.

La muchacha ecuatoriana gritaba. Padre, que se nos ha muerto, que ya no responde, mírela, que se ha ido. El cura pedía calma, que le dejaran paso, y simulaba cumplir un papel importante para el que, en sus adentros, se confesaba no estar preparado, En la

charcutería las mujeres tenían marcas en las manos del peso de las bolsas de plástico. Si esto tenía que pasar, si se veía venir. El sacerdote y la asistente cambiaron sus posiciones como pudieron, sin evitar que la puerta del taxi chirriara como un gato en celo al presionar contra el portal de la tienda. Pero el chófer ya no miraba a nadie, intentaba poner en orden sus cabellos blancos con la vista perdida entre los pedales del vehículo. Varios golpes en la mejilla con el dorso de la mano, que procuraba a la vez recoger un extremo hábito de vida de los labios de la anciana, fueron suficientes para confirmar el deceso. Está con Dios, dijo el cura al dirigirse al público expectante antes de alzar la mirada al cielo con el gesto fruncido y siguiendo con los ojos la ruta del helicóptero. Desde un balcón, una vecina se santiguaba. El llanto nervioso de la joven criada, que restregaba frenéticamente sus manos contra el delantal como queriendo limpiarlas de sangre, revelaba la magnitud del silencio que invadió la calle y que tenía forma de unas hélices incomprensibles. No serían más de tres o cuatro segundos. Hacía falta que alguien dijera algo, se necesitaba una voz para concluir aquel improvisado velatorio. De nuevo, el sacerdote se erigió en portavoz de los deseos terrenos y divinos y pidió al taxi que arrancara el coche y llegara hasta el final de la calle, junto a la plaza de Santa Eulalia, donde ya se veía qué hacer con la fallecida. Con sus palabras desapareció el inquietante dramatismo que no sabían fingir los presentes. El rugido malhumorado del vehículo volvió a centrar el protagonismo en el taxista, que si el cura fuera justo lo denunciaría por homicidio, porque si hubiera llegado al hospital la mujer no estaría muerta, es que lo que no se puede hacer es lo que ha hecho, es que es premeditación, con lo buena persona que era, en fin, a ver si llego a casa que hoy veo que no cenamos. El vehículo se alejaba hacia el final de la calle con la puerta trasera todavía abierta. La pierna de la anciana iba tropezando con los guijarros y dejaba un surco zigzagante de vida y muerte en mitad del viejo barrio. Algunos repararon en que la zapatilla quedó abandonada a escasos veinte metros de la tienda, pero nadie se atrevió a tocarla. La joven ecuatoriana lloraba sola en el portal del edificio donde la señora Inés había dormido cada noche junto a su marido durante más de cincuenta años y el sacerdote echó a andar hacia Santa Eulalia. Por cierto, ¿ese cura es nuevo?, pues lleva unas dos semanas en el barrio, se ve que lo han traído para ayudar al párroco, que también se nos muere un día de estos. Las mujeres salen con la compra y se despiden frente a la tienda. Dos jóvenes miran al cielo. Si nos damos prisa, todavía llegamos a tocar a la sardina.

Segundo Premio 2007

Las desventuras de Sito Santos en la Ciudad de la Tinta

María del Pilar Blanco López

Manuela Montes alcanza de nuevo el coma etílico en un local nocturno de Barcelona

La célebre novelista Manuela Montes protagonizó anoche otro de sus patéticos espectáculos en el club Carioca de La Rambla. La autora de la irregular saga de novelillas “Un Detective a su Servicio” –más conocida por su afición a las becarias y al ron nacional que por sus habilidades literarias– atacó con un grueso cenicero de vidrio al popular reportero gráfico Severino Rot por disparar cuatro instantáneas de la susodicha acosando como un mono lascivo a su nuevo ligue Maruchi Peña. Tras consumir el deleznable acto, Manuela cayó como un saco de carbón, incapaz de controlar la tremenda melopea que dominaba ya su ánimo, habiendo de ser atendida y desalojada del local por los servicios de urgencias del 061.

Una segunda Unidad Móvil fue requerida en el lugar de los hechos para hacerse cargo de la víctima, que, en estos momentos, yace con el ceño partido en una cama del Hospital de Sant Pau. Mientras, sus colegas de profesión han decretado una jornada de huelga salvaje con cortes intermitentes de varias vías urbanas y posterior galopada hasta el Palau de la Generalitat para concienciar a la opinión pública de los graves peligros que sufren los esforzados *paparazzi* en el ejercicio de su loable labor informativa.

Por otra parte, y volviendo a la carrera de Manuela Montes, no es de extrañar que en los círculos de las letras nacionales se hable ya de declive y tambaleo. Especialmente cuando la esperada entrega duodécima, correspondiente al año en curso, no haya llegado aún a las manos de su editor, el paciente Chimo Cascabel; y a estas alturas del corriente, empezamos a dudar que los fans del investigador privado Leonardo López puedan disfrutar a corto plazo de otra de sus estrafalarias aventuras.

* * *

Tras leer la nefasta noticia, Néstor Mostaza hizo una pelota arrugada con el periódico y, jurando como un minero, la lanzó de un chute magistral por la ventana abierta de su elegante oficina, sita en la barcelonesa y arbolada calle Muntaner, aquel mediodía tórrido de julio en que comenzó esta increíble historia. Sin perder ni un segundo marcó el número de su representada en una agenda-teléfono-microordenador-cámara digital-GPS de última generación, que nunca llegó a conocer en profundidad pero que iba de perlas para darse el moco delante de los clientes, y esperó impaciente la voz hombruna de la escritora.

–¡Me cago en el río Manzanares! –regurgitó Manuela Montes con voz aguardientosa al oír entre brumas etílicas el irritante sonido del teléfono. Después de diez timbrazos, y ante la inmovilidad de la durmiente, el dogo argentino tendido a sus pies saltó sobre el



o
a
ercado
apel
iquio

cuerpo muerto, levantando con la pata el auricular y dejándolo caer sin contemplaciones sobre la oreja izquierda de su dueña—.

—¿Eggg? —se quejó Manuela por el inesperado porrazo.

—¿Montes, eres tú? —preguntó la voz incrédula de Néstor al oír el espeluznante rebuzno gutural al otro lado del hilo— ¿o ha descolgado Calígula?

—¡Se ha equivocado, pamplinas! —mintió la escritora, decidida a darle esquinazo al enojoso agente y sus eternas amenazas.

—¡Manuela, coño, no me cuelgues que soy Mostaza! ¿Qué haces en casa todavía? Te estoy esperando en mi despacho desde las 9 de la mañana y son ya más de las 12. Por cierto, ¿has leído ya *La Gaceta del Ocio*?

—¡Maldita sea! Me he pasado toda la noche trabajando y no puedo perder el tiempo con ese tabloide para porteras.

—Pues deberías echarle un vistazo. Últimamente, tienes toda su atención. Esa foto tuya en portada con la cara descompuesta y una pechuga fuera de la chilaba, atacando a Severino Rot, aún me dispara el corazón. ¡Menuda publicidad te están haciendo Rot y sus chicos!

—Néstor, deja de sacar bilis que esta chusma no se merece otra cosa. A propósito, ¿qué se te ofrece? —preguntó asestándole una colleja brutal al pobre chucho para que dejara de mordisquearle las uñas de los pies.

—Simplemente, quería recordarte que el plazo para entregar la novela se cumplía hace cuatro semanas y el ultimátum del editor, esta tarde.

—Tranquilo Mosta, que sólo salí a airearme un ratito para despejar la cabeza de tanta letra y tanto lance. Ya sabes, necesidades de un cerebro prodigioso.

—Manuela, no me cuentes más milongas. Un colega te vio en “El agüelo” a las 8 de la tarde con esa becaria de “Glamour x@s”, engullendo chorizos asados y achicando tintero como un león marino y te estuvo siguiendo de tugurio en tugurio hasta que aterrizaste en el Carioca con una turca como un piano.

—Estaba localizando exteriores. La escena final transcurre en uno de esos clubs de *streptease* de La Rambla y tenía que tomar algunas notas para crear atmósfera —repuso la Montes con desfachatez.

—Manuela, coño, si algo te conoces como la palma de la mano son precisamente todos esos garitos roñosos con numeritos porno de Barcelona la nuit.

—Déjate de sermones y no te atrevas a apostar otro sicario en mi puerta para controlar si entro o salgo, porque le suelto a Calígula en los talones! Además, el trabajo va viento en popa. Ya le estoy pegando los últimos toques. Si dejas de machacarme cada media hora, en tres semanas tienes la novela encima de la mesa.

—Olvídate. Te doy siete días para que me envíes al menos la mitad del folletín o estás acabada. Nadie te publicará ni la receta del pollo al Chilindrón en la revista de tu barrio.

¡Ya me encargaré de ello personalmente! –amenazó Néstor Mostaza con la voz desafiada y aguda que emitían sus cuerdas vocales cuando estaba a punto de entrar en un episodio de histeria.

Manuela colgó el auricular con la saña de un jabalí herido. Estaba destrozada y de pésimo humor. Aquellas noches de ron y farra le habían dejado la cuenta corriente a ras de suelo y las transaminasas por las nubes, pero no podía luchar contra ciertos vicios. Su contención delante de una mujer un poco pindonga o de una botella recién descorchada era igual a la de una boa constrictor frente a un polluelo amarillo y bullanguero. Así que cada mañana se prometía enclaustrarse a escribir como un cartujo y cada noche salía recién duchada y engominada hasta lo insalubre, moviendo sus 115 kilos con la ligereza de un colibrí para reunirse con su último ligue, la jovencita Maruchi Peña y tres antiguas colegas recuperadas del legendario Quinteto del Botellón. Pero todo tenía un límite. Ahora, lo que se estaba jugando era su carrera y eso sí que no podía permitírselo. Sabía que sin dinero y sin fama esas jovencitas ansiosas de promoción dejarían de mirarle a la cara y aguantar sus lunáticos cambios de humor.

* * *

En la Ciudad de la Tinta, Delfina Pendones se asomó temerosa a la orilla de la página y al ver el campo libre, llamó con aspavientos al señor del traje gris.

–¡Ven, acércate, hombre! Tenemos que hablar muy seriamente.

–Déjalo, mujer, nos pueden ver y ya sabes lo que pasó la última vez...

–Me da igual. Ya no aguanto más. Estoy harta de ser la mujer de un don nadie, siempre sola con el niño en esa casa que se me cae encima. Nunca vamos de vacaciones, ni a cenar, ni al cine a ver algún estreno. Casi no hablamos y a duras penas paseas conmigo por esta calle aburrida y sin un escaparate que echarse a la vista.

–Mi papel en la obra es de mero relleno. Sólo soy el marido burlado de Delfina, o sea, tu santo esposo, y no se me permite otra cosa. No pretenderás que dé un golpe de estado y escriba la historia a tu gusto. Imagínate que todos los figurantes intentaran tomar protagonismo, saltándose al autor a la torera. Sería la anarquía, el fin de la literatura. Sin contar con los pobres lectores intentando memorizar cientos de nombres y datos que se enredarían en planteamientos absurdos sin llegar a ningún desenlace.

Sé razonable mujer. Además, nuestra escritora es feminista hasta los tuétanos y absolutamente lesbiana. ¡Fíjate qué montón de personajes masculinos no tenemos ni nombre y somos más aburridos que el Boletín Oficial! Esto lo hace, sin duda, para que resalteis vosotras. Al fin y al cabo, tú deberías de ser la última en quejarte. Tienes mucho papel y de interés. Encima, tengo que aguantar que te pegues a mis espaldas unos lotes de alivio con ese detective de pacotilla sin mover ni un dedo. Vamos que, si yo no fuera un Juan Lanás, como tú dices, ya le habría sacado las mollejas por la boca a ese gallito de corral.

–No finjas que esto te importa. Todo el mundo sabe que tu personaje no tiene sentimientos, lo dice bien claro en ese parrafillo que te define muy bien: “ese hombre vacío y callado que camina mientras fuma uno de sus cigarrillos mentolados sin sacar jamás las manos

del bolsillo; vive el momento sin pesares ni placer; es un cuerpo más, embutido en un aburrido traje gris que no se quita ni para dormir...”.

–Pero, si ni siquiera he echado una cabezadita desde que empezó todo este tinglado.

–Para lo que haces, no creo que tengas motivos de cansancio.

–Todo agota Delfina. Piensa que soy un individuo tan gris como mi vestimenta, sin aliciente ni evolución. Comienzo siendo un mediocre y me temo que, a estas alturas de la novela, no voy a convertirme en un tipo magnético y fustigador. Ya sabes que los cambios a cierta edad son poco menos que imposibles y nada recomendables para la salud.

* * *

Todo esto pasó hace muchas páginas y fue una de las pocas conversaciones que pudieron mantener entre líneas dos personajes de la novela *Un Detective a su Servicio* a espaldas de Manuela Montes, su autora y responsable espiritual.

Pero algunos días más tarde, después de una juerga monumental y una resaca de tres días, la exitosa novelista retomó el texto y algo milagroso había sucedido: todo el inocente cambio de impresiones entre la pareja se había escrito sin su augusta intervención en aquellos folios blancos e impolutos. Manuela pasó su mirada ligeramente beoda por las líneas de tinta azul aún frescas y aulló incrédula de rabia.

–Pero, ¿quién ha escrito semejantes chorradas? No es la letra de la asistenta y a mi ex le quité las llaves hace dos semanas. Espera un momento... Esa letra redondilla de colegiala empollona, las eles como butifarras, las faltas de ortografía y, sobre todo, la mala leche de marujilla ambiciosa... ¡Esto es cosa de la Pendones, que está intentando volver al membrillo de su marido contra mí! Ya me fastidió el desenlace de la última entrega con sus teje-maneges y ahora quiere volver a las andadas. Pero esta vez se acabó, amiga mía; esta vez te vas derecha al camposanto –dijo rompiendo con rabia las nuevas hojas y encajándolas de un pisotón en la papelera metálica.

–A Manuela Montes nadie la pone en un brete. Sólo faltaba que mientras duermo o me voy de copas, estos descerebrados anden por la casa como almas en pena trastocando las historias y embarullándolo todo. ¡A buenas horas acabo yo el duodécimo tomo de *Un Detective a su Servicio* con semejantes insurrectos! Lo mejor es hacer una buena criba, que en esta entrega se me ha ido instalando todo Dios y no hay quien cuaje la historia ni a la de tres. Para empezar, el de los periódicos fuera. Ya me buscaré otro chivato, que a éste no lo endereza ni el Santo Milagro. El ciego de la esquina... a una residencia de invidentes; y los contertulios del parque... al hoyo con dos infartos como dos catedrales. Y me quedo más ancha que larga, aunque luego me cueste un triunfo montar un poco de tensión romanticona y heterosexual, como exige el contrato de marras.

A no ser, claro, que conserve al marido de Delfina y le dé otro aire, a ver si es capaz de hacer algo más que apestar los folios con esas colillas mentoladas. Le podría llamar Sito Santos, como aquel novio tan lanzado que me metía mano en preuniversitario. Si me inspiro en ese calavera, las sinvergonzonerías y el personaje vienen rodados.

Y así fue como bautizó a su nuevo protagonista sin más pompas ni ceremonias y lo dejó viudo de un plumazo, porque Manuela aún escribía a mano y con una Montblanc de edición limitada. Al niño, que tampoco tenía nombre, lo despachó en otro par de líneas. La autora necesitaba un hombre nuevo, con libertad de horarios, que pudiera dar juego en la novela y no un merengue encadenado a las puertas de cualquier colegio concertado.

Ya libre, con nombre propio y el dinero del seguro de vida de la difunta a buen recaudo, Sito se encaminó a la agencia de detectives Leo&López, que, en realidad, sólo atendía un crápula llamado Leonardo López, el mismo tipo que prospeccionaba a Delfina Pendones con su hocico baboso en cualquier esquina y a plena luz del día, allá por las entregas anteriores. Es difícil de comprender que Sito se dirigiera a la guarida de un individuo que cualquier hombre normal hubiera aborrecido hasta el epílogo, pero él no estaba creado para el amor, ni conocía el odio o los celos. Al fin y al cabo, su rival era el único personaje cercano que aún tenía papel en esta novela, después de la degollina acontecida por el último berrinche de Manuela.

Leo había sido también el héroe de toda la saga hasta la inesperada promoción de Sito, aunque todo hacía suponer que conservaría un papel de cierta importancia para dar soporte al nuevo protagonista. López era un ex poli expulsado del cuerpo por extorsionador, borracho, ladrón y cómplice de la huida de varios delincuentes, detenidos previamente por él mismo para ganar puntos delante del comisario. En sus mejores tiempos podía haberse adjetivado como un tipo agraciado y sin escrúpulos, dos condiciones que deberían haber hecho de él un hombre importante y afortunado. Pero, por algún capricho del destino, estaba en la ruina total, tenía los pulmones hechos cisco, los ojos como una rana de charca a base de pimplar whisky barato a todas horas y el despacho como una auténtica pocilga; cosa que no tenía gran importancia, porque, a estas alturas, hacía varios meses que el timbre de la puerta y el teléfono guardaban respetuoso silencio.

Los últimos clientes se habían encargado de crearle una fama de torpón y violento que espantaba indefectiblemente cualquier nuevo caso. Así que, cuando Sito traspasó el umbral, aquella tarde de verano bochornosa y nublada, lo encontró despanzurrado en un sillón de oficina giratorio, con los pies sobre la mesa enfundados en dos calcetines de nylon, agujereados como un queso y cruzados de punta a punta por una docena de espiguillas blanquinegras totalmente obsoletas. El resto de su atavío se encontraba también en un estado lamentable y medio escondido bajo un grueso estuco de salsa de tomate y estalactitas de *mozzarella* de búfala, guarnidas por lamparones de vino tinto. Llevaba la cara sin afeitarse y el pelo planchado por la almohada en absurdos molinetes que le daban el aspecto de un muñeco loco. Aun así, conservaba el atractivo de los ex guaperas libertinos. Sito lo envidió secretamente, comparándolo sin querer con la figura de panoli que le devolvía el cristal de la vieja librería enfundado en el traje de alpaca mil rayas recién estrenado y los mocasines brillantes tipo catequista.

—¿Se puede? —preguntó Sito un poco acobardado.

—Que yo sepa ya está dentro, pedazo de cretino —gritó el detective con su vozarrón de amedrentar—. ¿Se puede saber quién coño es usted? Ni siquiera tiene cita.

—Soy el marido de Delfina. ¿Recuerda a aquella rubia sinuosa que solía beneficiarse las sobremesas de los miércoles? Pues era mi esposa.

—Sí, bueno... vagamente. Supongo que no vendrá a pedirme cuentas. Eso pasó hace muchos párrafos. Además, aunque no sea muy caballeroso por mi parte, tengo que decirle que su señora es una fresca y una promiscua. Se ha cepillado a todos los personajes masculinos de la novela y usted, mientras tanto, cazando moscas.

—No vengo a discutir eso. Ella ha pasado a mejor vida y yo soy un hombre sin grandes pasiones. Sólo venía a proponerle un trato muy ventajoso para usted. Le compro la mitad del negocio y vamos al *fifty fifty*. Seguro que a la agencia le vendría bien una buena inyección de dinero y yo necesito entrar en acción inmediatamente por imperativos del argumento —dijo de un tirón Sito envalentonándose por momentos.

—¿Quién le ha dicho semejante gilipollez y por qué presupone que alguien como yo puede estar buscando un socio imbécil y sin pizca de experiencia?

—Porque he cobrado el seguro de mi mujer y la póliza asciende a seiscientos cincuenta mil euros. Además, fue idea de Manuela Montes, amigo. Yo nunca me hubiera atrevido a importunarle. Hasta hace cosa de dos días, yo era tímido por naturaleza.

—Bueno, si es cosa de Manuela.. —dijo el ex madero con sonrisita de hiena— y usted puede permitirse el capricho, podemos hablarlo. Pero quiero que sepa, antes de nada, que aquí ha habido una gran inversión de pasta: los archivadores, la cafetera eléctrica, este flexo de largo alcance, los ceniceros tallados de Duralex, los detalles de las paredes —dijo entre carraspeos forzados señalando dos calendarios amarillentos de mujeres desnudas con la lengua fuera y los pechos como cocos—, el ficus de plástico del recibidor, la papeler... por nombrar sólo algunas cosas a voz de pronto. Luego están los años que lleva el negocio rulando con una inercia de cuidado, el prestigio frente a la competencia y la selecta cartera de clientes que me he ido trabajando laboriosamente y que son un reclamo indispensable para captar nuevos casos. En fin, estaríamos hablando de que entrar a formar parte de la agencia Leo&López vendría a costar veinte mil euros. Si no le interesa, lo comprendo, pero es mi última oferta —sentenció Leo mientras aspiraba reconcentrado el trozo de puro.

—Acepto encantado. ¿Cuándo puedo empezar a ejercer?

—Un momento amigo, sin prisas. Primero me abona la pasta de la mitad de la sociedad, los gastos comunitarios y su parte del alquiler. Venimos pagando mil ochocientos euros al mes. Piense que este es un barrio lleno de conflictos, que no dejan de ser buenos proveedores de trabajos frescos a la par de lucrativos. Y luego este patio de luces tan pequeño y tranquilo también revaloriza muchísimo el inmueble. Finalmente, tendrá que solicitar su propia línea telefónica, comprar la mesa, un archivador... ¡Ah y una papeler! No soporte que utilicen la mía.

—Todo esto sigue siendo más que razonable. No se preocupe, hágame un presupuesto completo y mañana mismo paso a hacerle el abono. Estoy deseando ponerme en marcha cuanto antes. Ahora, tengo que marcharme, aún necesito familiarizarme con mi nueva situación. ¡Buenos días!

Leonardo López se levantó de un brinco del sillón, encendiendo la colilla encendida en el cajón abierto del archivador y, liándose la cabeza en la camisa arrugada, comenzó a correr

SUDICHT

LOS
NIÑOS
DE LA GUERRA

a ciegas como un futbolista después de marcar el gol de la victoria, trompeando con sillas y estantes, hasta que unas torres de carpetones amarillentos lo mandaron al suelo como un fardo de trapos viejos.

Sito llegó silbando a su casa y enamorado de la vida por primera vez en doce tomos. Y también, por primera vez, metió la llave en la puerta y ésta se abrió sin una protesta. Al atravesar el pequeño recibidor quedó maravillado al contemplar un comedor con sofás de capitoné, tapetes de bolillos, pastorcillos de porcelana, la colección completa de “Clásicos Universales al Alcance de Cualquier Pollino” y una araña de cristal —desproporcionada en forma y tamaño— que presidía la estancia con sus dieciséis fulgurantes bombillas de bajo consumo, apenas cubiertas por las regias tulipas grabadas que remataban cada brazo de la enorme lámpara. En el resto de la casa tampoco faltaba un detalle: suelos de gres decorado, visillos versallescos y edredones color pastel en los dos dormitorios con lazos y primorosos recogidos.

—¡Qué bien tenía la casa Delfina! —se extasió Sito Santos—. Y yo dando vueltas por la calle como un nómada, sin poder subir ni a calentarme los pies. Pero eso se acabó. Ahora soy rico y libre, gracias a Manuela y no pienso fallarle: voy a hacer de este tomo su mejor novela, tal como le prometió al chupóptero de Mostaza.

Al día siguiente, despertó temprano, mucho antes de dispararse la alarma del despertador, para intentar seguir los pasos de un individuo normal. Pero su ignorancia sobre las cuestiones cotidianas le hizo cometer algunos errores chocantes que no minaron su ilusión. Se duchó con gel femenino de rosa mosqueta, untó la cara con *mousse* depilatorio al aloe vera e intentó afeitarse con una cuchilla despuntada como un serrucho —que Delfina utilizaba para asear las ingles y las axilas antes de salir a sus encuentros libertinos— y se recortó las uñas de los pies a trasquilones con el cuchillo del pan. Estaba tan nervioso que apenas desayunó, sólo un café con sal, dos salchichas de pollo correosas que encontró en la nevera y un mendrugo seco de hogaza. Salió a la calle aguantando las arcadas de tan chocante pitanza y contestó a duras penas el saludo de los conocidos del barrio.

* * *

Manuela Montes se levantó de la silla de trabajo y salió zumbando al lavabo con un ataque repentino de vomitera.

—¡Dios! Estoy peor que el merluzo de Santos. Y la factura que me está pasando el garrafón del Carioca. Ya ni exigiendo que te empiecen la botella delante de tus ojos te puedes librar del carburante metílico de estos clubs de mala muerte.

* * *

Mientras, en la Ciudad de la Tinta, la acción se paraliza a la espera de las consignas de la Montes. Incluso Santos siente alejarse sus náuseas y espera órdenes apoyado en la entrada de la panadería.

—¿Qué hay señor Sito? —se interesó Esperanza Remacha, convecina de rellano y antigua amiga de la Pendones.

—Aquí, esperando a que la autora se recupere del último cebollón, Doña Espe; y yo haciéndome el ánimo para seguir adelante, después de mis recientes pérdidas.

–Desde luego que las estará pasando usted magras. Quedarse sin familia así de un plumazo y nunca mejor dicho. Pero esto, el día menos pensado, nos pasa a cualquiera. Ya lo veo yo venir, ¿no ve que esta mujer cada vez tiene menos conocimiento? Y, por decirlo en jerga cacharril, cuando le da al jarro se le va la olla.

–Vamos, vamos Doña Espe, deje usted eso, que hablar entre líneas es de lo más peligroso. A mi difunta la mandó al otro barrio por cuatro comentarios fuera de guión, y mire que le tenía ley. Como era tan sociable, le solucionaba casi todas las escenas de sexo de la novela y con una gracia... que no es porque fuera mi señora, pero salero tenía por arrobos.

–¿Qué me dice? Pues nada, a seguir bien, que no quiero problemas con la borracha esa.

Sito bajó caminando Rambla abajo sin pensar en nada especial. Dejó atrás los puestos de las floristas, dio algunas monedas a las estatuas humanas que se instalan en el concurrido paseo continuando la marcha sin esperar a que hicieran sus movimientos de autómatas, y torció a la izquierda por la calle Escudellers buscando atento el número 54, donde se encontraba el portalón descascarillado de su nuevo despacho. Picó varias veces al timbre con insistencia, hasta que se asomó por el ventanuco de la portería una cabeza redonda y ver-dosa como una sandía, precedida por el vocerío de un aparato de radio de los años 50.

–¿No ve que no hay nadie? ¿Para qué sigue picando? Como funda los timbres le voy a cortar personalmente esas pezuñas tamborileras, amigo mío –amenazó haciéndose oír entre las recomendaciones culinarias de un conocido chef retransmitidas por el vetusto aparato.

–Busco a Leonardo López, el detective del 1.º 2.ª.

–Ese nunca llega antes de la hora de comer. Venga sobre las dos –siguió voceando la vieja.

–¡Ni hablar! Déme las llaves que tengo mucho trabajo. Soy el nuevo socio de la agencia.

–El señor López no me ha dicho nada de nuevos socios. Váyase y vuelva cuando le dije, majadero, que me estoy perdiendo toda la receta de la sopa de gallinejas.

–¡Señora, si no me da las llaves inmediatamente le reviento la madriguera y le pisoteo el transistor! –le espetó Sito sin pensar y con una voz de matón desconocida hasta para él mismo.

Rosaura se metió en la portería con la rapidez de un cuco de madera después de cantar los cuartos y salió al momento de la oscura covacha con un llavero mugriento en las manos que le ofreció sin chistar. Sito las cogió al vuelo y se encaminó a la Droguería Eladio Moreno, donde adquirió bayetas, un par de fregonas, cepillo, cubo de fregar, bolsas de basura industriales y litros de desinfectante sanitario para adecentar el nuevo despacho. Al abrir la puerta salió un hedor a queso manchego que le obligó a atravesar la oficina a grandes zancadas y a abrir las ventanas de par en par para librarse de una muerte segura, empezando a comprender el reto que suponía convertir aquella porqueriza en un despacho confortable.

Aún así, no se amedrentó y en menos de media hora ya había llenado un paquete de sacas turquesa con montañas de diarios viejos, latas de cerveza, pilotes de recibos impagados,

cartones de Pizza Veloz, un par de calcetines rotos y malolientes que su socio había lanzado detrás de un archivador después de haber acuchillado la parte delantera a uñazo limpio. También aprovechó para lanzar docenas de carpetas amarillentas del viejo archivador metálico y varios libros de derecho penal que servían de contrapeso al flexo de aluminio desportillado de Leo. El resto de la calurosa mañana, se entregó a una actividad frenética y, sin desmayo, barrió la madera resquebrajada, desinfectó el baño vertiendo botellones de Sulfumán por los desagües atascados y rascó con una espátula afilada la película de mugre que se interponía entre los cristales de la ventana y las deprimentes vistas de otras fachadas igualmente cochambrosas de la calle Escudellers.

En esas estaba cuando el timbre de la puerta comenzó a sonar insistentemente. Con fastidio bajó de la escalera y sin desenfundarse los guantes de goma rosa, el delantal enterizo de flores ni el pañuelo a lo Carmen Miranda con el que protegía pulcramente la cabeza del polvo y las telas de araña, se dirigió al oscuro recibidor. Antes de franquear la entrada, recorrió precavido la antigua mirilla de hierro forjado y se quedó embobado mirando una mujer inacabable con piernas kilométricas, tacones extra-largos, pechos de melón francés, ojos como platos soperos y una espesa melena color castaño claro que bajaba a borbotones desde la generosa frente hasta media espalda. Tenía, por decirlo de forma abreviada, todas esas desproporciones que diferencian a un verdadero bombón de una monja vallisoletana, reseca y andrógina.

Tal fue la impresión que, al abrir la puerta, Sito patinó en el suelo recién fregado y aterrizó de espaldas en el rellano, sin poder controlar sus recién estrenadas emociones, atizándose un sopapo en mitad del cráneo que lo privó del sentido y dejó de una pieza a la espectacular visitante.

—¡Ah! Ya vuelve usted en sí. ¿Cómo se encuentra? —preguntó impaciente la muchacha.

—Aún no lo sé. Todo me da vueltas y creo que estoy viendo visiones.

—No son visiones, soy una antigua clienta de Leo&López. Siento el atropello y le ruego que perdone mi impaciencia.

—No se preocupe, con mujeres como usted casi nunca puedo conservar la vertical.

—Oiga, odio automáticamente a todos los cretinos que me tiran los tejos a los dos segundos de conocerme. Prefiero que lo sepa desde ahora. Además, ¿quién es usted, la señora de la limpieza o un travestido vicioso?

—Señorita, digamos que soy un hombre fácil en una situación difícil. Está usted hablando con el nuevo socio de la agencia de Detectives Leo&Santos y mi nombre es Sito Santos. ¿En qué puedo ayudarla?

—Todavía no lo tengo claro. Además, conozco al todo Barcelona de Manuela Montes y su nombre no me dice absolutamente nada.

—Eso es porque soy un bautizado muy reciente —se defendió Sito mosqueado—. Pero tengo una solera de siete tomos, cosa que no pueden decir muchos personajes de la saga.

—No me convence. Yo necesito al mejor profesional, no a un mamarracho vestido de brasileira.

–Si no me va a decir de una vez qué le trajo hasta mi agencia, señorita, le ruego que se marche. Soy un hombre muy ocupado, como podrá comprobar por mi especial indumento.

–Está bien. Esta agencia es mi último recurso. Mi caniche Ramón ha desaparecido y estoy destrozada. Es el único ser querido que aún me aguanta y no ha pasado a mejor vida a resultas del desgaste psicológico que produce en la gente mi carácter agresivo y cambiante.

–Perdone, pero no me ocupo de recuperar mascotas, –se disculpó ofendido–. Tendrá que acudir a otro tipo de profesional o, mejor aún, pruebe con los empleados de la perrera municipal.

–Por favor, haga una excepción, no sé dónde acudir, ya he avisado a los Mossos de Escuadra, he puesto anuncios en La Vanguardia, he empapelado el barrio con sus fotos y, a estas horas, mi teléfono móvil debe estar en manos de docenas de desaprensivos que intentarán colarme hasta a su suegra envuelta en una piel de oveja para cobrar los tres mil euros que ofrezco en los reclamos por el pobre Ramoncín.

–No sé... Tengo el pálpito de que es usted un campo de minas y yo estoy pez en temas de explosivos.

–Tiene razón, siempre causo una impresión negativa a primer golpe de oído, pero esta vez procuraré ser una clienta generosa y paciente. Aquí le dejo un retrato de mi querido Ramoncete y sus últimos movimientos antes de hacerse humo, hace ya tres días, en la calle Pau Claris, esquina Diputación.

Y entregándole una torre de papelotes, le estampó un beso de tornillo, a modo de rúbrica, que dejó al detective novel con las piernas flojas y las feromonas haciendo saltos mortales. Aún no había despedido a la monada, cuando el teléfono comenzó a sonar con desespero, sacándolo de su breve ensoñación. Otra mujer solicitaba los servicios de Sito para demostrar un presunto adulterio y sacar una pasta gansa al marido parrandero y dineroso.

El resto de la tarde hubo también cierto movimiento de clientes que Sito fue alternando con sus labores de limpieza. Antes de echar la llave, se había comprometido ya a buscar otros dos chuchos escapistas, recuperar un abuelo prófugo que se había volatilizado con la cartilla y los cuartos de la última pensión e investigar un caso de *moobing* en la peluquería de la esquina “Rizos y Postizos”.

* * *

Manuela llevaba todo el día rasgando folios con su valiosa Montblanc sin desencajar el enorme corpachón de la silla ergonómica reforzada que utilizaba siempre para sus redactados. Le dolía la cabeza y sudaba como un mozo de cuerda, pero el instinto creativo la invadía como en los mejores tiempos y estaba entusiasmada por el buen cariz que iba tomando el asunto.

–¡Por fin, por fin! La cosa se va encarrilando, Calígula. Poco a poco lo voy a conseguir. Mañana entregarás docenas de folios y esos mandriles tendrán que reconocer que el cadáver de la Montes aún respira. ¡Monstruo, que eres un monstruo de la literatura! –se daba ánimos enfebrecida por el calor y la resaca.

—Micaela, ¡deja de hacer ruido con esa aspiradora, coño!, que voy a escribir cualquier dislate y me cargo la resolución de los entuertos. ¡Esta mujer no respeta nada!

—Perdone señora, pero tengo que aspirar la alfombra turca sea como sea. Hace semanas que no me deja hacerlo: cuando no duerme, trabaja; o si no, le duele la cabeza, está de mala luna o tiene vértigos incontenibles. ¡Así no hay manera! ¿Por qué no va a dar un paseo y se despeja un poco?, que tiene los mofletes como dos tomates pochos del último trasnoche.

—¿Por qué no te vas tú al mismísimo pedo y me dejas continuar la novela? Yo soy la que estoy en su casa y tengo las alfombras como me sale de las narices. ¡Coño, que parecen el sargento Manchas! Anda, recoge ese trasto y tráeme un chupito de Pujol con una piedra de hielo, a ver si se me pasa la rabieta!

—Imposible. Le recuerdo que me prohibió servirle alcohol durante el día.

—Pues dame la llave del mueble bar, ya me basto yo sola, que no paras de ponerme peros a todo lo que te digo.

—He dicho que no le pongo bebercio y no se lo pongo. Usted amenazó con despedirme si lo hacía.

—Y ahora te amenazo con ponerte en la *rûe* si no lo haces. ¡Dame inmediatamente esa llave, retrasada!

—¡No se la daré. Y si intenta arrebátarmela, me voy a la calle con llave y todo, hasta que se le pase el mono y deje de gritar como una trastornada!

—No serás capaz de irte a casa y dejarme todo por el medio. ¡Ataca Calígula! —rugió Manuela mientras se lanzaba sobre el cuello de la interina en pos del anhelado tesoro, ante la impasibilidad del perro. Pero su enorme carrocería y las horas de inmovilidad dieron ventaja a Micaela, que consiguió zafarse de las garras de su enfurecida señora, situadas a escasos milímetros de su garganta, y salir jadeando al pasillo.

—Esto no hay quien lo aguante! —se quejó entrecortadamente, lloriqueando—. ¡Adiós señora, me voy a casa! Llámeme cuando vuelva a sus cabales y comprenda que todo esto es por su bien.

Con la huida de la criada, Manuela perdió la última oportunidad de abrir las puertas del paraíso sin dejarse la piel en el intento.

—Este Calígula está hecho una nenaza y un holgazán. Lo mejor será buscarme la vida y forzar el maldito armario de una vez. Hasta que no me quite esa obsesión, no me podré concentrar en lo mío y necesito estar al cien por cien toda la noche, sin levantar la cabeza de los papeles. Hoy tienen que correr ríos de tinta para lucimiento del nuevo superhombre Sito y salvación de mi pobre yugular.

Ya convencida de la enorme conveniencia de atizarse unos lingotazos por el bien de las Letras Españolas, no perdió un minuto en proyectar planes sofisticados. Se dirigió al cajón de los cuchillos y machetes de cocina para usar el más sólido como palanca y hacer



Cann

Corn

2/14

saltar las robustas bisagras del cierre abatible. Pero el carpintero había blindado el mueble convirtiéndolo en una verdadera cámara acorazada para evitar los continuos asaltos de la dueña y su imposibilidad de controlar la ingesta de licores espirituosos.

Tras docenas de intentos —que incluían la pequeña motosierra utilizada para igualar el seto de la terraza y dos petardos rompevigas sobrantes del último jolgorio—, Manuela se rindió a la evidencia y abandonó desolada la extravagante empresa. Se vistió con una ligera túnica maya del tamaño de una haima bereber y se fue a la cafetería de la esquina, sin un duro y en zapatillas, a probar suerte. ¡Cuánto se arrepentía de haberle pedido aquella mañana a Micaela que le desvalijara la cartera y confiscara las tarjetas de crédito para evitar cualquier tentación hasta la entrega de los escritos!

—Buenas tardes, Serrano. Ponte aquí una copita de Pujol bien medida que vengo seca —saludó la escritora con voz cantarina.

—Lo siento, señora Montes, pero después del escándalo que montó la semana pasada, me han prohibido servirle bebidas alcohólicas. Bueno, alcohólicas y de las otras. ¡Vamos, que se le ha reservado el derecho de admisión para los restos!

—Bueno, bueno, no exageremos. Ya sabemos que tu jefe es un tarado, y yo a ti no quiero causarte ningún problema. Es más, me largo, pero tú que eres un muchacho estupendo me vas a prestar diez euros para comprarme una botellita de ron ahí en el súper, ¿eh, Serranete? Y yo, en agradecimiento a tus atenciones, te devuelvo mañana por la tarde el doble para que te compres un detalle y te firmo mi último libro.

—Lo siento, aún me debe cincuenta euros anteriores y servidor no es el Banco de España.

—Todos los camareros de ahora sois iguales, una raza de insolidarios abstemios, sin respeto por el cliente de toda la vida, ni prurito de servicio. No me extraña que los sin papeles os estén dando sopas con onda. ¡Os lo tenéis bien merecido, mamelucos!

Desesperada se dirigió al Open Cor de la gasolinera a paso ligero y con los brazos en jarras. Entró de puntillas y fue directa a la sección de bebidas, dando la espalda a la cámara de seguridad y encogiendo el cuello para realzar el incógnito.

—Ron Negrita, Bacardí, Havanna Club, Cacique... cojonudo, ni rastro de Pujol... Bueno, al lío, que a buen hambre no hay pan duro. —Y sin el menor recato, abrió una botella de Havanna 10 bebiendo con desesperación hasta mediar su contenido. La dejó con asco en el aparador y empezó otra de Ron Cacique, pero el mareo y la lasitud que la invadían la obligaron a sentarse en el suelo, con las piernas entreabiertas y la túnica enroscada hasta el arranque de la faja pantalón, para seguir libando Cacique, como una abeja glotona, sin peligro de caer a plomo sobre el duro embaldosado. Momentos después, dormía como un bebé gigante mordiendo el gollete de la botella a modo de biberón y totalmente ajena al guardia de seguridad que contemplaba perplejo la estrambótica escena desde el monitor de control del establecimiento.

* * *

Cuando Sito acabó de organizar todos los nuevos muebles y su archivo reluciente, eran más de las seis de la tarde. Metódico y eficaz, cogió su sombrero para emprender una

nueva investigación, después de haber resuelto satisfactoriamente, en solo una semana, el caso del caniche pachorrón de la monada impaciente y dar fe, con fotos y grabaciones, de las maniobras extramatrimoniales de Cholo Rodríguez. En concreto, este caso fue de lo más rentable, puesto que Sito, ya metido en harina, aprovechó para venderle al propio adúltero un vídeo cochino de su esposa con el chófer bailando en cuero pelado al borde de la piscina, que grabó él mismo mientras realizaba una prospección rutinaria del terreno.

Pero antes de alcanzar la puerta para rastrear la pista del pensionista fugitivo, sonó taquícardico el teléfono digital recién instalado, requiriendo de nuevo la presencia del crack de la criminología en un 24 Horas del Ensanche barcelonés, donde una obesa beoda estaba intentando acabar con todas las botellas de ron del establecimiento.

Sito corrió como las balas, con una extraña tenaza en el cuello. Algo le decía que este caso podía cambiar radicalmente su vida. Atravesó como una exhalación la calle Escudellers, chocando con grupos de extranjeros que deambulaban atontolinados por las altas temperaturas y la sangría peleona, hasta alcanzar sin aliento y magullado la Plaza del Teatro. Allí encontró un taxi aparcado a la sombra con las ventanillas bajadas envuelto en un asfixiante olor a marihuana casera. Sito entró en el coche, sin reparar en los ojos desvaídos y la sonrisa bobalicona del rasta rubio y rubicundo que estaba sentado al volante. Y ansioso por ganar tiempo, tentó al chófer con una propina millonaria si lo dejaba, en un suspiro, en el número 70 de la calle Consejo de Ciento. El taxista, aceptando encantado el reto y la posible gratificación, subió La Rambla como un poseído, desoyendo los pitidos de varios guardias urbanos que trataron de detenerlos a zancada limpia sin el menor éxito. Atravesó la Plaza de Cataluña derrapando, entre humo y peste a goma quemada, a más de 80 kilómetros por hora y provocando desbandadas de peatones aterrorizados que se empujaban sin remilgos para evitar la embestida mortal de aquel Ford Focus negro y amarillo que aparentemente avanzaba, despendolado y sin control alguno. El rasta anglosajón continuó la carrera como alma que lleva el diablo Rambla Cataluña arriba hasta doblar por Aragón; y en menos de cinco minutos, frenó en seco justo en el chaflán de la calle Balmes con cara de máxima satisfacción. Sito tiró un billete de cincuenta euros, que el suicida *reggae* cogió al vuelo, y salió a escape decidido a detener a la obesa bebedora con sus propias manos antes de que fuera demasiado tarde.

Justo en el momento que Manuela salía a trompicones del establecimiento, zafándose de dos seguratas como dos armarios de pino castellano, Sito entraba al galope cegado por la urgencia. El choque fue brutal y los testigos contemplaron alucinados cómo la paquidérmica novelista atropellaba salvajemente a su propio personaje, antes de caerle encima con todo el peso de su generosa humanidad y entrar en coma profundo a resultas del golpe y la intoxicación aguda de ron.

Santos volvió en sí semanas después, en una cama del hospital de Sant Pau con la cabeza vendada y las piernas fracturadas por varios sitios y púrpuras de cardenales. Manuela, ingresada en la UCI de la misma clínica, se resistía obstinadamente a recuperar el sentido y dormía como un angelito, poco dispuesta a expulsar de su corpachón los tres litros de ron que se había echado al coleteo antes de caer fulminada por la sobredosis etílica.

Después de tediosas jornadas de recuperación, Sito pudo por fin abandonar la cama y se acercó a la UCI para comprobar, por sí mismo, que realmente se trataba de la autora de

sus días y no de un clon introducido por la Montes en la última entrega para añadir chispa al argumento.

La enfermera de la puerta no le impidió el paso, seguramente porque Manuela aún no había recibido visita alguna en todo este tiempo –dedujo Sito–. Se acercó sigiloso a la cama e intentó tocarla suavemente. Manuela abrió los ojos y sonrió beatíficamente.

–¡Qué alegría Sito, sabía que vendrías! Tu no podías fallarme. No como ese Judas de Leonardo que andará de bar en bar celebrando mi descalabro con cualquier pilingui.

–Tenía que estar a su lado Manuela, sobre todo en estos momentos, y aquí me quedaré hasta que esté usted como una rosa y pueda valerse sola.

–Es muy halagador, pero eso no va a ser posible. No permitiré que tires tu futuro por la borda ahora que eres alguien. Además, me habéis demostrado que en Tinta Village os las sabéis arreglar estupendamente sin mi.

–No insista, he dicho que me quedo y nada me va hacer cambiar de opinión.

–Sito, el mundo real no es fácil. Las arbitrariedades del destino son infinitamente peor que mis rabetas de pipipi impenitente y éstas sí que no se pueden tachar ni reescribir.

–De todas formas, me arriesgaré. No quiero apartarme de su lado. Es usted mucho más real que cualquier muñeca de papel couché que pueda salirme al paso en Tinta Village.

–Sito, ¿será esto el principio de una gran amistad, amigo mío?

–O de un gran amor, ¿quién sabe? La encuentro sublime con esa camisola cortita y sus cabellos negros desparramados por la almohada sin ton ni son. Vamos que, con el debido respeto y hablando sin ambages, usted me pone un montón, Manuelilla.

–Sito, Sitorrete... me haces sentir como una colegiala –coqueteaba la Montes pegando cachetillos cariñosos a su galanteador en el dorso de la mano mientras reía feliz.

–Eres incorregible. Mira, peor que mi novio de preuniversitario. Aquel Sito era tan cachazas como tú. ¡Ah, ah, ah!

Las dos enfermeras se miraron con cara de fastidio mientras intentaban remontar estresadas las constantes de otro enfermo, al borde del jamacuco, ingresado en la misma Unidad de Cuidados Intensivos.

–Ya empieza la borracha. ¿Y ahora, qué, vas tú o voy yo? –preguntó la más avinagrada y reseca.

–Ya voy yo, anda, hija mía, que no tienes nada de paciencia con los crónicos.

–¿Qué paciencia ni qué paciencia, si lleva dos meses alborotando a toda la planta, hablando sola a voz en grito y riendo como una manada de hienas? Y, lo peor, es que no atiende a razones. Ahí se ha quedado, la muy viciosa, más colgada que un jamón de Guijuelo. Suerte que en dos días le quitamos los tubos y se la llevan los de Salud Mental, que si no ésta se iba a enterar de quién es Amparo Rot y lo mal que lo tienen conmigo los que le tocan la cresta a mi pobre Severino.